



APUNTES Y NOTAS

BEATIFICACIÓN DE 19 MÁRTIRES DE LA GUERRA CIVIL DE ARGELIA: QUISIERON QUEDARSE

por Sofía Brahm



Los siete monjes trapenses mártires junto a los dos supervivientes.

“Y a ti también, amigo del último instante, que no sabrás lo que estás haciendo; sí, porque también por ti quiero decir este GRACIAS, y este A-DIOS, en cuyo rostro te contemplo. Y que nos sea dado volvernos a encontrar, ladrones colmados de gozo, en el Paraíso, si así le place a Dios, Padre nuestro, Padre de ambos”¹

El pasado 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, fueron beatificados 19 mártires, religiosos y religiosas, asesinados entre 1994 y 1996 en Argelia, durante la Guerra Civil. La ceremonia se llevó a cabo, inéditamente en Argelia mismo, en la Basílica de Notre Dame de Santa Cruz, Orán.

¹ Del testamento espiritual de Christian de Chergé, abad de Tibhirine, en 1996.

La Guerra Civil de Argelia comenzó en 1992 y provocó cerca de 150.000 muertes. Tras la descolonización argelina de Francia, lograda en 1962 —tras una cruenta guerra de independencia que duró ocho años y en la que murieron más de un millón de sus ciudadanos—, el Frente de Liberación Nacional, símbolo de la lucha anticolonial, accedió al poder y se mantuvo en él hasta que estalló la Guerra Civil. Una población empobrecida comenzó a desconfiar de sus líderes. En 1992 el Frente Islámico de Salvación (FIS), partido islamista que prometió restaurar la justicia a través de la religión, obtuvo una amplia victoria electoral. El proceso eleccionario fue frenado e invalidado por el Ejército que además ilegalizó al FIS y deportó a sus líderes. Como consecuencia de la interrupción del proceso, nacieron dos grupos armados: el Ejército Islámico de Salvación, brazo armado del FIS, y el Grupo Islámico Armado. Con ello la violencia pasó a constituirse en una constante de este conflicto no declarado, dirigiéndose a gran parte de la población civil y cobrando miles de vidas. Entre las 150.000 muertes se encuentran los 19 mártires, religiosos de ocho congregaciones diferentes, quienes, a pesar de la guerra, dieron testimonio de coexistencia pacífica y diálogo.

Durante los primeros años de la guerra las víctimas habían sido sobre todo argelinos. Luego, el 30 de octubre de 1993, se emitió un ultimátum para que los extranjeros abandonaran Argelia en un mes. El mensaje, que incluía a los religiosos que habitaban en el país, fue enviado a través de un empleado del consulado de Francia, tras ser liberado el 29 de octubre. Cumplido el ultimátum comenzaron los primeros ataques a ciudadanos europeos y la mayoría de las familias cristianas extranjeras tuvieron que abandonar el país. Los obispos y los líderes de las congregaciones religiosas invitaron a sus comunidades a decidir libremente si irse o quedarse. Aunque estaban en peligro, muchos de ellos decidieron quedarse y vivir esta crisis junto al pueblo argelino.

¿Por qué decidieron quedarse?

La vocación del mártir puede parecernos una vocación demasiado lejana, no universal ni exigible para cualquiera. Una vocación que implica valentía heroica y santidad. Podemos pensar que todos estos hombres y mujeres quisieron morir por su fe en medio de un contexto de violencia y desesperanza. Aunque si bien todo esto tiene algo de cierto, los mártires no desean el martirio en sí mismo, no desean morir por su fe, sino que desean vivir por ella. Desear el martirio es más cercano al fundamentalismo que a la santidad, un acto peligroso de orgullo y temeridad.

Quedarse no significó para ninguno de ellos optar por la muerte, sino optar por continuar con la vida cotidiana, desarmados. Significó no permitir que la violencia ganara, ni ceder ante ella. Significó seguir siendo fiel a su misión: seguir con las oraciones, con el trabajo del día a día, con el servicio en sus comunidades, cocinando, compartiendo, y sembrando.

Es posible que estos mártires sí hayan temido a la muerte y hayan deseado seguir viviendo. ¿Por qué se quedaron entonces? Sus vidas, sus escritos y los testimonios de quienes los rodearon nos muestran que ellos no desearon el martirio, sino que desearon seguir viviendo. Quedarse no significó para ninguno de ellos optar por la muerte, sino optar por continuar con la vida cotidiana, desarmados. Significó no permitir que la violencia ganara, ni ceder ante ella. Significó seguir siendo fiel a su misión: seguir con las oraciones, con el trabajo del día a día, con el servicio en sus comunidades, cocinando, compartiendo, y sembrando. Quedarse no implicó, en ningún caso, buscar el martirio para alcanzar esa vía directa hacia el Cielo, ni fue quedarse de brazos cruzados, esperando su hora.

Quedarse implicó seguir amando y acompañando a un pueblo que estaba sufriendo, por amor a Cristo. Abandonar la misión, para ellos, sería morir.

¿Dónde está nuestra casa?

Los primeros dos mártires católicos fueron el fraile marista Henri Vergés y la hermana Paul-Hélène Saint Raymond, de las Pequeñas Hermanas de la Asunción. Ambos fueron asesinados el 8 de mayo de 1994. Henri resume así su experiencia en aquel país de mayoría islámica: “Es mi compromiso marista que me ha permitido, a pesar de mis límites, integrarme con armonía en el ambiente musulmán, y mi vida en este ambiente, a su vez, me ha realizado profundamente como cristiano y como marista. Alabado sea Dios”². Cuando él le advierte a la hermana Paul- Hélène de los riesgos de quedarse, ella responde: “Padre, de algún modo, nuestras vidas ya han sido entregadas”³.

Cinco meses después, dos misioneras agustinas españolas, la hermana Esther Paniagua Alonso y la hermana Caridad Álvarez Martín, fueron asesinadas poco antes de una misa, en el umbral de la capilla de Bab al-Oued. Un tiempo antes, la hermana Esther, habiéndosele preguntado si tenía miedo por la situación del país, respondía: “Nadie puede quitarnos la vida, porque nosotras ya la hemos entregado... No nos pasará nada porque estamos en las manos de Dios y... si nos pasara algo, seguimos estando en sus manos”. Por su parte la hermana Caridad, enamorada de la misión, no duda un instante en permanecer al lado del pueblo que la ha acogido y al que

2 *La sangre del amor. Mártires de Argelia (1994-1996).*

3 *Ídem.*

ama profundamente: “Estoy abierta y obediente a lo que Dios quiera de mí, a lo que vean mis superiores. María estuvo abierta al querer de Dios, quizá le costó. Deseo estar en esa actitud ante Dios en los momentos actuales”.

El 27 de diciembre los cuatro padres misioneros de África (Padres Blancos), PP. Dieulagard, Deckers, Chevillard, Chessel, fueron víctimas de violencia en su residencia en Tizi Ouzou (Cabilia). Ellos también habían decidido quedarse a testimoniar el Evangelio. Ante la violencia desatada Jean se siente expuesto: “Sé que puedo morir asesinado. Nuestra misión es la de testimoniar la fe cristiana en tierra musulmana. Por el resto, *Inch’Allah* (si Alá quiere)”⁴. Una de sus hermanas le pregunta: “¿Por qué vuelves allí?” “Vuelvo para testimoniar. Allí está mi casa, cercano a mis amigos bereberes. Sobre todo, si muero, quiero que me entierren allí”⁵. Lo mismo sentía su hermano de misión, el padre Charles Deckers, quien anteponía su tarea al resguardo de su integridad física y temporal: “Sé que mis actividades ponen en peligro mi vida. Esta es mi vocación, aquí me quedo... Nuestra Señora de África queda a merced de un gesto insensato. En la diócesis pensamos que la presencia de la Iglesia es importante, para la misma Iglesia y para el país”⁶.

El 10 de septiembre del año siguiente (1995), dos hermanas de Nuestra Señora de los Apóstoles, Bibiane y Angèle-Marie, fueron asesinadas cuando regresaban de misa. Ellas no tenían miedo a lo que podría pasarles: “No debemos tener miedo. Solamente debemos vivir bien el día que se nos da. El resto no nos pertenece”⁷.

No tengo miedo. Su luz me ayuda a descubrir maravillas escondidas: la sorprendente solidaridad, la generosidad, el coraje sobrehumano; el Espíritu está allí, en su corazón que trabaja. La Palabra de Dios me ayuda a estar a la escucha para ser luz de la Esperanza. Yo elijo quedarme.⁸

Dos meses después, el 10 de noviembre en Apreval (Kouba), dos Hermanitas del Sagrado Corazón de Charles de Foucauld fueron atacadas mientras esperaban la Eucaristía. Odette Prévost perdió su vida, pero su hermana Chantal Galicher sobrevivió a este ataque. La hermana Odette consideraba que aquel era un momento privilegiado “para vivir con una verdad más grande la fidelidad a Jesucristo y al Evangelio”⁹.

Luego fue el turno de los siete monjes trapenses, Paul Favre-Miville, Luc Dochier, Christophe Lebreton, Michel Fleury, Bruno Lemarchand,

4 Ídem.

5 Ídem.

6 Ídem.

7 Ídem, Hermana Angèle-Marie.

8 Ídem, Hermana Bibiane.

9 Ídem.

Célestin Ringiard y Christian de Chergé, secuestrados desde su monasterio de Tibhirine, en las montañas del Atlas en Argelia, en la noche del 26 de marzo de 1996, y ejecutados, se cree, a fines del mes siguiente. Los fundamentalistas irrumpieron en el monasterio esa noche y no se dieron cuenta que, entre los siete monjes a los que iban a secuestrar, dos, Bruno y Paul, solo estaban de visita. Dejaron atrás, por lo tanto, a Amédée (fallecido en 2008) y Jean-Pierre (quien, a sus 95 años, participó en la beatificación de sus 7 compañeros). Su historia fue contada en la película *De dioses y hombres* (2010) de Xavier Beauvois, ganadora en el Festival de

Todos ellos habían decidido amar y entregarse al pueblo argelino imitando el amor que el Padre tuvo con ellos; todos ellos estaban unidos por este mismo amor, por este mismo respeto y por este mismo deseo de pobreza; y también, en aquellas circunstancias, habían aceptado el martirio, si estaban llamados a ello.

Cannes, y en el libro *Simplemente cristianos. La vida y el mensaje de los beatos mártires de Tibhirine* (2018), escrito por el postulador de la causa de la beatificación, el padre Thomas Georgeon, y el periodista François Wayne, publicado por la Librería Editorial Vaticana.

Todos ellos habían decidido amar y entregarse al pueblo argelino imitando el amor que el Padre tuvo con ellos; todos ellos estaban unidos por este mismo amor, por este mismo respeto y por este mismo deseo de pobreza; y también, en aquellas circunstancias, habían aceptado el martirio, si estaban llamados a ello. Así escribe Dom Christian de Chergé, Superior de la comunidad.

Tengo la certeza de que Dios ama a los argelinos, y que ha elegido demostrarlo dándonos nuestras vidas. ¿Aun así, les amamos verdaderamente? ¿Les amamos suficientemente? Un momento de verdad para cada uno y de pesada responsabilidad en estos tiempos en que aquellos a los que amamos se sienten tan poco amados. Poco a poco, cada uno aprende a integrar la muerte en este don, y, con la muerte, todas las otras condiciones de este ministerio de vivir juntos. Es una exigencia total de gratuidad.”¹⁰

La opción de permanecer en Argelia, a pesar del creciente clima de terror, había madurado en común, después de haber enfrentado y compartido durante mucho tiempo sus experiencias personales y dolorosas.

¿Qué nos puede pasar? Que caminemos hacia el Señor y nos sumerjamos en su ternura. Dios es el gran misericordioso y el gran perdonador. [...] No hay verdadero amor de Dios sin aceptar sin reservas la muerte... La muerte es Dios.¹¹

¹⁰ Ídem, Carta Circular 25-4-1995.

¹¹ Ídem, H. Luc Dochier, cartas del 5-1-1994 y del 28-5-1995.



¿Hasta dónde debemos llegar para salvar la piel sin el riesgo de perder la vida? Uno solo conoce el día y la hora de nuestra liberación total en Él. ¿Qué quedará, unos meses después, de la Iglesia de Argelia, de su visibilidad, de su estructura, de las personas que la componen? Con toda probabilidad poco, poquísimos. Yo creo que la Buena Noticia ha sido sembrada, el grano germinará [...] El Espíritu trabaja, y trabaja en profundidad en el corazón de los hombres. Estemos disponibles para que Él pueda trabajar en nosotros a través de la oración y la presencia amorosa para con todos nuestros hermanos.¹²

Más tarde, fue el turno de Mons. Pierre Claverie junto a su joven amigo Mohammed Bouchikhi. El obispo de Orán, de la Orden de los Dominicos, fue asesinado por un coche bomba cuando regresaba al obispado la noche del 1 de agosto de 1996. “Se me ha preguntado muchas veces... Vuelve a casa... ¿Dónde está nuestra casa? ¿Nosotros estamos aquí solo por el Mesías crucificado: por ninguna otra razón, ¡por ningún otro!... Es una cuestión de amor”¹³. En el ícono de la Beatificación de los 19 mártires de Argelia también está Mohammed, que había decidido quedarse con Mons. Claverie arriesgando su vida, a pesar de ser musulmán.

Cristianos en un mundo musulmán

Los mártires canonizados fueron ejemplo de los muchos cristianos que viven y evangelizan en tierras no cristianas. En algunos de estos contextos,

“¿Hasta dónde debemos llegar para salvar la piel sin el riesgo de perder la vida? Uno solo conoce el día y la hora de nuestra liberación total en Él. ¿Qué quedará, unos meses después, de la Iglesia de Argelia, de su visibilidad, de su estructura, de las personas que la componen? Con toda probabilidad poco, poquísimos. Yo creo que la Buena Noticia ha sido sembrada, el grano germinará.”

¹² Ídem, H. Paul Favre-Miville, carta del 11-1-1995.

¹³ Ídem.

Los mártires canonizados fueron ejemplo de los muchos cristianos que viven y evangelizan en tierras no cristianas. En algunos de estos contextos, como sucede en Argelia y Marruecos, los misioneros no realizan evangelización directa. “Desde la época de Carlos de Foucauld se ha dicho que la Iglesia en el Magreb vive el misterio de la Visitación: llevar a Jesús y que los demás lo descubran sin hablar de Él”.

como sucede en Argelia y Marruecos, los misioneros no realizan evangelización directa. “Desde la época de Carlos de Foucauld se ha dicho que la Iglesia en el Magreb vive el misterio de la Visitación: llevar a Jesús y que los demás lo descubran sin hablar de Él”¹⁴. Su misión consiste en vivir la caridad cristiana y convivir con los no cristianos, sin esperar nada a cambio. Todos ellos muestran cómo el diálogo es posible y logran un especial acercamiento y valoración del ser cristiano, aunque no se comparta la religión.

Si algo tuvieron en común los 19 mártires beatificados fue su cercanía con el pueblo argelino-musulmán y los lazos de amistad que entablaron con ellos. Testimonio de ello lo dio la misa de beatificación, donde un tercio de la asamblea era musulmana. Fueron los obispos de Argelia quienes solicitaron a los líderes argelinos que la celebración tuviera lugar en medio de su pueblo. Escribieron:

Nuestros hermanos y hermanas (mártires) no aceptarían estar separados de aquellos en medio de los cuales dieron sus vidas, son testigos de una fraternidad sin fronteras, de un amor que no hace ninguna diferencia. De la misma manera, todas nuestras hermanas y hermanos argelinos que no han temido arriesgar sus vidas, fieles a Dios, fieles a su país y fieles a su conciencia...¹⁵

Fue parte fundamental de la ceremonia el recordar a todas las víctimas argelinas, poniendo el acento en la fidelidad que aquellos mártires tuvieron a los argelinos. En un texto que aparece en la casa de huéspedes de Tibhirine se señala: “Invitados de la gente argelina, casi enteramente musulmanes, los hermanos del monasterio desean contribuir a testificar que la paz entre los pueblos es un don de Dios hecho a los hombres de todo tiempo y lugar y es tarea de los creyentes dar a conocer aquí y Ahora este inestimable regalo”¹⁶.

En la misma línea, se incluyó durante la ceremonia un homenaje a 114 imanes asesinados por negarse a legitimar la violencia y se cantó el Padre Nuestro en lengua árabe. **H**

14 José Luis Navarro, miembro de la nueva comunidad de Nuestra Señora del Atlas, instalada en Midelt (Marruecos), en Martínez López, María, “Víctimas del fanatismo, no del islam”. *Alfa y Omega*, 6 de diciembre de 2018.

15 Traducción propia de artículo de Teissier, S. E. Mons. Henri, “Cristiani nel mondo musulmano. La beatificazione dei diciannove martiri d’Algeria”. *Fondazione Internazionale Oasis*, 4 de diciembre de 2018. <https://www.oasiscenter.eu/it/beatificazione-martiri-di-algeria>.

16 B. Chenu, *Sept Vies pour Dieu y Algerie*, p.24.